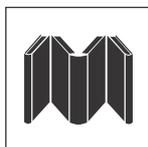


GRÉGOIRE DELACOURT

Bailar al borde del abismo

Traducción:
ROSA ALAPONT



MAEVA

Título original: Danser au bord de l'abîme

Diseño e imagen de cubierta:

Fotografía del autor:

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 /93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Éditions Jean-Claude Lattès, 2017
© de la traducción: Rosa Alapont, 2018
© MAEVA EDICIONES, 2018
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 978-84-17108-36-6
Depósito legal: M-274-2018

Preimpresión: MT Color & Diseño S.L.
Impresión y encuadernación: Huertas, S.A.
Impreso en España / Printed in Spain

Para *la chica sentada en el coche*; descubrí que también
ella sabía unir a las personas.

«Escribo para recorrerme.»

Henri Michaux, *Passages*

Primera parte

BRASSERIE ANDRÉ

–Contestaré que sí.

–Entonces, intentaré no equivocarme de pregunta.

Recuerdo aquella embriaguez; de repente, el embeleso de los viejos abetos, que no habían visto nada tan bonito. Recuerdo que la recibieron como a una pequeña reina. Los castaños se inclinaban hacia el suelo para acariciarla con los ápices de sus ramas. Las flores de retama dorada se abrían a su paso y exhalaban el más grato aroma del que eran capaces. Recuerdo que toda la montaña la agasajaba y que, más tarde, al acercarse al borde de una meseta con una flor de codeso entre los dientes, había divisado abajo, al fondo de la planicie, la casa del señor Seguin, con el redil detrás, y que eso la había hecho llorar de risa y la había llevado a exclamar: «¡Qué pequeña es!, ¿cómo he podido aguantar ahí dentro?».

Un tanto achispada, se revolcaba por la hierba con las patas al aire, rodaba a lo largo de los taludes, hecha un bati-burrillo con las hojas caídas y las castañas. Luego, de pronto, se levantaba de un brinco y, ¡hale hop!, allá que iba de

nuevo, con la cabeza por delante, entre los matorrales y los arbustos, ya fuese por un pico o por el fondo de un barranco, hacia arriba, hacia abajo, por todas partes.

Era como si hubiera diez cabras del señor Seguin desperdigadas por la montaña, y entonces yo soñaba con ser una de ellas, con conocer a mi vez las grandes campánulas azules, las dedaleras color púrpura de largos cálices, todo ese bosque de flores silvestres desbordantes de jugos embriagadores.

Y cuando mi madre, o en raras ocasiones mi padre, me leía esa historia cruel, me echaba a llorar, no por el lobo, enorme, inmóvil, sino por el viento que de pronto empezaba a soplar.

Por la montaña, que viraba al violeta, por la tarde que caía.

Por el adverbio trágico que pronunciaba entonces Blanquita, el adverbio que ponía de manifiesto toda la imposibilidad de nuestros deseos, la ilusión de nuestras eternas beatitudes: *ya*.

Yo tenía siete años y sabía que *ya* se había acabado; que una vez rozadas, tocadas, apenas probadas, las cosas *ya* se desdibujaban, que solo subsistía de ellas un recuerdo, una promesa triste.

Casi treinta y tres años más tarde, como la cabritilla del cuento de Alphonse Daudet, había confiado en aguantar, al menos hasta el amanecer.

Hasta entonces, mis amaneceres habían tenido la tibieza de las caricias, en ocasiones del sol, o de las manos de mi marido, de mi sexo húmedo, un sotobosque, su remoto aroma a tierra.

Mis amaneceres habían despuntado a veces con las risas de nuestros hijos, ciertos domingos de primavera, con sus gritos cuando había nevado fuera y no querían ir al colegio porque preferían rodar por el manto blanco, dejarse llevar, caer en la humedad fría, hacer el muñeco de nieve más grande del mundo.

Hasta el momento, mis amaneceres habían sido los pequeños guijarros de una vida bien ordenada, de una vieja promesa, la de seguir los caminos trazados por otros que creían en las trayectorias perfectas o, en su defecto, en las mentiras piadosas. Mis próximos amaneceres se anunciaban ventosos.

Y uno de ellos, devastador.

69

Si tuviera que resumir en pocas palabras, como ante un tribunal o un médico, lo que sentí al principio, diría que urgencia, vértigo, abismo, goce, y añadiría que sentí dolor.

Dolor, en cierto modo.

Y en lo que respecta al final, al desastroso y bello amanecer, diría que paz, diría que alivio, diría también que vanidad, evasión, libertad, alegría, diría que un deseo desmedido, al igual que decimos amor desmedido.

Sí. Ante todo, un deseo desmedido.

68

Bondues.

Vivíamos en una gran casa blanca en el campo de golf de Bondues, a catorce kilómetros de Lille. Ninguna

barrera, ninguna valla separaba las distintas propiedades; sin duda fue eso lo que llevó a mi marido a decir que no cuando nuestros tres hijos exigieron un perro –dos votos a favor de un labrador beis, uno a favor de un braco de Weimar azul–, prometieron ocuparse de él todos los días, ¡lo juramos! ¡Lo juramos! No, porque es evidente que el animalito podría escaparse.

Léa, la menor de nuestras hijas, deshecha en lágrimas, sugirió que lo podíamos atar fuera.

Entonces le hablé de Blanquita, con sus ojos de mirada dulce, su barbita de suboficial, sus pezuñas negras y brillantes, sus cuernos anillados y sus largos pelos blancos que la envolvían como una hopalanda, la linda cabra a la que habían encerrado en el establo completamente a oscuras, pero que logró escapar por la ventana que había quedado abierta. Léa se encogió de hombros, soltó un breve suspiro trágico, *ya*, y dijo: «Pero si lo queremos, no hay motivo alguno para que se escape».

Mi marido no me había atado ni encerrado y, sin embargo, yo estaba a punto de huir.

Y eso que amaba la acogedora comodidad de nuestra casa. Las arias de ópera que escuchábamos. El soplo del viento que en ocasiones acarreaba granos de arena de los búnkeres, así como el perfume delicado del mullido césped de los *greens*. Me gustaba nuestro viejo manzano del jardín y sus ramas bajas, como un gesto de cortesía. Los aromas de nuestra cocina, e incluso el de las cacerolas carbonizadas por las niñas, que preparaban con regularidad caramelo quemado. Me gustaba el olor de mi marido, tranquilizador y cálido. Sus miradas desenfocadas dirigidas a mi boca, a mis senos, el modo en que me amaba, educado, solícito, honesto y sincero,

pese a los altibajos. Había amado su valentía cuando cayó enfermo, admirado su ausencia de rabia y, en aquella violenta odisea, apreciado mis insospechadas fuerzas.

Amaba a nuestras dos hijas y a nuestro hijo, sobre todo la idea de que podría matar por ellos, arrancarle con los dientes la carne a un animal vivo si se estuvieran muriendo de hambre, enfrentarme a las tinieblas con tal de que dejaran de tener miedo.

Para terminar, quería a mi madre, pese a su resistencia a ver la realidad de frente y su elegante depresión. La manera en que pellizcaba el brazo a mis hijos cada vez que los veía, como para cerciorarse de que eran reales. Me gustaba acudir todos los días a la tienda, descubrir las sonrisas embelesadas de mis clientas cuando mis manos envolvían los paquetes para regalo y rizaban la cinta de satén con las tijeras. También me gustaba el orgullo de mi marido cuando cada seis semanas volvía con un coche nuevo, su aire de niño malo. El paseo al que entonces nos arrastraba, que en ocasiones se prolongaba hasta el mar, hasta Wimereux, Boulogne, Fécamp. Los sueños de viajes a los que los cinco nos entregábamos. Me gustaban los barcos y las cartas náuticas que nuestros hijos dibujaban en la arena, con largos palos carcomidos. Los mares de sus dibujos nos llevaban a islas donde no resonaba el desorden del mundo, donde ninguna duda desacreditaba nada, donde ningún nuevo deseo venía a destruir la felicidad presente.

Amaba mi vida.

Era una de esas mujeres felices.

Trataré de explicarme, sin pretender que me perdonen.

A lo largo de mi historia, intentaré devolver el encanto a la banalidad de una vida.

Aún no cumplidos los cuarenta. Bonita, sin llegar a quitar el hipo, aunque, cuando tenía diecinueve años y llevaba un corto vestido amarillo, un chico se empotró con el escúter contra un camión de reparto por no apartar la vista de mí.

Un matrimonio estable desde hace dieciocho años.

Algunas peleas, igual que el resto de nuestros amigos. Dos o tres platos rotos. Varias noches durmiendo en el sofá del salón. Reconciliaciones con ramos de flores y palabras tiernas envueltas en dulzura, como en una canción.

Alegrías inmensas, cósmicas: el nacimiento de nuestros hijos, su apacible infancia, sin mordedura rabiosa de labrador beis o de braco azul; una juventud sin estragos notorios, dejando aparte el hundimiento de cada uno de nosotros cuando mi marido volvió con la cabeza pelada tras varias semanas en el hospital.

De inmediato, Léa salió corriendo hacia su habitación en busca de rotuladores, de colores marrón, negro y gris, y dibujó cabellos uno a uno en el cráneo de su papá.

Las risas volvieron.

Por entonces yo trabajaba en una tienda de ropa, situada en el Vieux-Lille, para niños de entre cero y doce años; superada esa edad, las madres ya no pueden hacer

nada, los críos lo saben todo. En cuanto a mi marido, Olivier, dirigía una enorme tienda en Villeneuve-d'Ascq para niños de entre dieciocho y noventa y ocho años: un importante concesionario BMW.

Por aquel entonces circulábamos en una especie de coche de carreras eléctrico. Él se sentía muy orgulloso. Solo cinco litros cada cien kilómetros, ¿te das cuenta? (No.) ¡Trescientos sesenta y dos caballos! (¿De verdad?) ¡De cero a cien en cuatro segundos con cuatro décimas! (Me dejas de piedra, querido.) Le preguntaban sobre el modelo en los semáforos en rojo y en los aparcamientos. Él los animaba a probarlo. La gente prometía ir a verlo, los ojos les hacían chiribitas.

Era un vendedor dotado. Brillante.

En su día me convenció de que era la mujer de su vida, cuando yo salía con otro. De hecho, su mejor amigo.

Siguieron siendo los mejores amigos.

Recuerdo una boda a la que nos invitaron, en Berru, cerca de Reims. Durante la cena, la novia se enamoró de la pareja de una de las damas de honor. Desaparecieron en la noche, montados en una moto. Jamás se los volvió a ver.

Aquella fuga me turbó, y durante mucho tiempo me hizo soñar.

Más adelante mi marido me convenció de que cada día estaba más guapa, pese a los años que pasaban inexorablemente, la piel que perdía su tersura, la ineficacia de los sérums antiedad. De haber querido, habría logrado venderme un coche que yo no necesitaba para nada.

De hecho, tenía previsto largarme a pie, llegado el momento.

Claude Sautet.

Siempre me han encantado sus películas. Su humanidad femenina. Las trayectorias de su cámara, que uno sigue como si se tratara de los efluvios de un perfume de mujer, o de la embriaguez de un licor junto a la barra de un bar saturado de humo, neblinoso.

Te propulsan a la alegría, a un deseo nuevo y devastador. Captan esas miradas tan elocuentes sobre el inmenso apetito de las mujeres, sobre la urgencia de los cuerpos. Exponen las manos que encienden un cigarrillo con una sensualidad turbadora, casi con desesperación; las pieles que se rozan, eléctricas, voraces, jamás saciadas, los brazos que se abren, los cuerpos que se lanzan, se sumergen y salen de nuevo a la superficie, dichosos, a veces agotados.

Rozan los labios aplastados por el carmín, por las mordeduras, las sonrisas, las carcajadas fuertes como hombros masculinos, toda esa vida chillona y virtuosa, con el ruido de los cubiertos impactando en la porcelana de los platos, las jarras de vino de vidrio barato golpeando la mesa, con las notas de un *pinball* como ruido de fondo, que evoca la arritmia de un corazón, o las de una *jukebox*, Hurricane Smith, Billy Paul o Led Zeppelin y Philippe Sarde.

Fue ahí, en un decorado similar al de una película de Sautet, en el ajetreo de una *brasserie* a la hora de la comida, con el ruido de la vajilla y la algarabía de las conversaciones, donde mi vida dio un vuelco.

Donde vi a aquel hombre.

Nadie, ni siquiera nuestros conocidos, habría podido adivinar entonces que yo estaba a punto de modificar

definitivamente el curso de su vida, como tampoco habrían podido predecir que él iba a hacer descarrilar la mía.

El rostro de un hombre que ignora que una mujer lo mira, que casi lo desea, resulta en ocasiones conmovedor.

En ese momento no se ubica en ningún *género*, ni postura —seducción, simulación, dulzura, amenaza—, sino que se halla en el corazón mismo de su sinceridad, de su naturalidad, probablemente de cierta inocencia.

Aquel rostro desnudo, sincero, que dejaba al descubierto una servilleta de algodón blanco, me turbó indeciblemente, me arrancó por un instante de la quietud de mi vida dichosa, de su tranquilizadora comodidad, y me acercó lo más posible a un fuego nuevo.

La chispa misma del deseo.

64

De nuevo me encuentro allí.

Deja sobre la mesa el tenedor de plata, de mango pesado, abollado, se seca delicadamente la boca con la servilleta de algodón blanco adamascado, antes de dar un sorbo de agua.

Lo primero que veo es su boca. Sus labios. Luego el hoyuelo que le hunde la mejilla. Mis ojos recorren el hoyuelo, un surco que conduce a los suyos. Sus ojos son luminosos y claros, ribeteados de pestañas negras, muy espesas. Es casi un sortilegio.

De repente se echa a reír con sus amigos. No oigo su risa porque está lejos de mí, solo veo esa alegría que aflora, que embellece el mundo, y una descarga eléctrica brota,

imprevisible, en mi bajo vientre, me quema, me abre, y el frío, el viento y las tormentas se abalanzan sobre mi invisible, mi insospechada falla.

Todo en mí tiembla y se trastorna.

Voy a tambalearme.

Tengo la sensación de que mis dedos se hunden en la madera de la barra para evitar una caída.

Mis primeras emociones de adolescente afloran a la superficie, sofocantes, centuplicadas por mi apetito de mujer adulta, mi conocimiento de los vértigos.

Me siento mal.

Me siento afectada. Todavía hoy, cuando todo ha quedado atrás y mi cuerpo y mi alma se han inflamado desde entonces para no volver a apagarse jamás, el recuerdo de aquel irreprimible arrebató de deseo sigue siendo la cosa más desgarradora de mi vida.

Ese día, él ni siquiera me vio.

Ese primer día.

Se marchó con sus amigos sin siquiera tomarse el tiempo para un café. Pagaron la cuenta a medias. Él gritó «Hasta mañana», y al día siguiente volví.

Brasserie André, en el número 71 de la calle de Béthune.

La clase de hombre que hace que una mujer lo abandone todo.